

si no es que no haya escuchado vuestras amonestaciones. ¡ Es tan seductora la corona !

—Inútil esperanza, Roldan; está resuelto á dejarla y la dejará; yo defenderé en cuanto pueda los derechos temporales de mi casa, mas no ha de ser contradiciendo las obligaciones de mi espiritual ministerio.

—Malhaya vuestros escrúpulos, padre; que yo sé que á conocer quien era, no le hablarais con el santo celo con que sin duda le habeis hablado. Mas no hay tiempo que perder; si á vos os place, salíos de la liga y abandonad vuestras pretensiones. Yo de mí sé decir que ahora mismo parto para Huesca á concertarme con mis compañeros y á remediar el mal que habeis hecho: que si éste se obstina en ser monje, será preciso que nosotros elijamos otro rey que bien nos cumpla en lugar suyo.

Y de como esto habló Gil de Atrosillo, calóse de nuevo la visera y salió de la sala.

—No le hagais que pierda su alma, mirad que es gran pecador, mirad que es forzosa su penitencia, le gritó el abad.

Pero el caballero ya no le oía.

Bajó rápidamente, cruzó el claustro y los pasadizos, montó á caballo en la barbacana, y en compañía de dos escuderos que allí le estaban aguardando, tomó á toda rienda el camino de Huesca, salvando primero la empinada y revuelta senda que bajaba del monasterio á la llanura, y luego los vados del Isuela que con sus aguas le cerraba el camino,

— 55 —

CAPITULO VI.

Que no merece leerse por otra cosa sino porque desata y esclarece algunos nudos y oscuridades que dejan de sí los precedentes.

Ay cuánto de dolor está presente !

Fr. LUIS DE LEON.

Pasó la noche de aquel dia en que hubo lugar la coronacion del rey don Ramiro con gran sosiego y silencio en la gran ciudad de Huesca.

Los honrados burgueses descansaron del placer del dia, que mas que nada cansan los placeres en este mundo; y de la muchedumbre de forasteros que al gran rumor de las fiestas habia acudido á Huesca, muchos fueron los idos en el punto en que se acabaron las luminarias y el sarao del alcázar,

y otros se prepararon con el reposo de la noche á hacer larga jornada el dia siguiente.

Amaneci6 Huesca en 61 como una belleza de treinta a6os, que de6a sus galas y se entrega al sue6o despues de largas horas de celos y de amor, y de danza y estruendo.

No hay cosa mas triste que el lugar, en donde ha gozado el alma, cuando pasado el placer se le mira de nuevo.

Tales y tan tristes parecian las calles y plazas de Huesca, que al asomar la cabeza los vecinos por sus estrechas ventanas, esclamaban de consuno: ha caido sombra sobre la ciudad. Y nunca en verdad habia lucido el sol con mas ricos reflejos y con esplendor mas grande.

Este dia era completamente contrario al anterior.

Mal dia para el comun de los ciudadanos. Gran dia para aquellos tristes en quienes el otro hubiese enjendrado penas, que de todo hay en los grandes regocijos, y es ley eterna del mundo que no haya risa á la cual no responda un llanto.

Asi es como en el alcázar de los poderosos reyes de Aragon saludan al nuevo dia por lo mismo que es triste, por lo mismo que trae sombras, las dos personas de quien menos pudiera imaginarse que tal hicieran. El rey recién coronado y la reina recién casada; don Ramiro y do6a In6s.

Pintar los tormentos que padeci6 durante aquella noche la noble hija de los de Poitiers, fuera imposible; que los tormentos supremos del alma no se

pintan, como no puede pintarse el esp6ritu impalpable y á la par invisible, donde nacen y se sustentan.

Do6a In6s amaba á don Ramiro con ternura; amaba al hijo que sentia en sus entra6as, porque las madres aman sin ver y sin oir, y sin saber a6n si llegará á existir el s6r que aman. Amaba tambien el trono y la grandeza que la rodeaba, y ¿ por qu6 no habia de amarlos? ¿ Por ventura no son dignos de tentar á cualquiera alma humana la dorada silla donde se sientan los reyes sobre todos los hombres y sobre todas las mujeres, y la obediencia de tantos, y el amor de tantos, y el poder de tanto hacer y tanto conseguir como llegue á desear el á6nimo?

Pues do6a Ines que, como decimos, amaba á su esposo, y amaba al hijo por nacer, y amaba el trono, ¿ qu6 no sentiria viendo perdidos esposo y trono para sí, trono y padre para su hijo?

Y á todo esto lo que mas debia llegarle al alma era ignorar la causa de mal tama6o, y no hallar ni de cerca ni de lejos algun remedio.

La causa muy bien la sabia don Ramiro, pero con el remedio no acertaba mas que su doliente esposa.

Nuestros lectores deben saber, no por el relato de nuestro cronista que anda en esto hart6 confuso, sino porque asi se cuenta en todas las historias de Espa6a, que el rey don Ramiro II, era monje en el monasterio de Tomeras, cuando los grandes de Aragon, congregados y reunidos en las c6rtes de Monzon, determinaron alzarle rey.

Su padre, Sancho Ramirez, estando sobre Huesca, imaginó hacer un dón, el mayor que pudiera al cielo para que se le mostrase propicio en aquella empresa, y el dón no fué otro que este hijo, á quien metió de monje de San Benito en el monasterio de Saint-Pons de Tomeras. De allí quisieron promoverle repetidas veces sus hermanos, los gloriosos reyes don Pedro y don Alonso el Batallador, á alguna mitra ó prelación de importancia, donde diese honor á lo ilustre de su nacimiento, y en diversas ocasiones le nombraron para la abadía de Sahagun y los obispados de Burgos, Pamplona y Roda; pero el monje, bien hallado con la vida ascética que traía, no llegó á tomar posesion de tales puestos, y permaneció en el convento de Tomeras, hasta que, como arriba decimos; le alzaron por rey los señores aragoneses, y le buscaron esposa jóven y bella, y de calidad correspondiente á la suya.

Gran mella debieron hacer los encantos del poder, gran mella tambien las caricias de aquella mujer jóven, hermosa, y cortesana, en el corazón del monje, que desde sus primeros años no habia pensado en otra cosa que en el claustro, ni imaginado otra vida que la del cenobita.

¿Qué tiene de extraño que prestase fácil oído á los que le predicaban que la salud pública demandaba su apostasía, y que antes serviria á Dios en el tálamo y en el trono que en los altares? ¿Qué tiene de extraño que el amor por una parte, por otra el poderío, las caricias de aquí, de allá las lisonjas, apartasen de su memoria por algunos meses los ci-

licios y el convento? ¿Era doña Inés tan bella! ¿Es tan encantadora la lisonja! Es tan deslumbrador el brillo del trono!

Mas si hubo un punto en que estuviesen sus recuerdos entibiados, nunca á la verdad se vieron muertos.

Tal vez doña Inés recogió en momentos de embriaguez y de encanto una mirada de pavor en los ojos de su esposo; tal vez sorprendió en él un movimiento instintivo de retraimiento y como de repugnancia. Y es cierto que al consultar con los ricos hombres sobre las pretensiones de don Alonso de Castilla y la rebeldía del de Navarra, y al oír hablar de alardes y arreos de guerra, de los peligros y empresas que para defender su trono eran indispensables, solia echar de menos don Ramiro la tranquilidad que durante cuarenta años le habia proporcionado la vida monástica.

A medida que avanzaba el tiempo y se disipaba el encanto del primer instante, mayores inquietudes sentia en el alma; inquietudes vagas, sin forma ni color. ¿Y quién habia de decir que el dia de la coronacion y jura hubiese de dar tan horrenda forma y color tan siniestro á aquellas vacilaciones de su espíritu?

No tenemos ya que narrar cómo concluyó aquella fiesta; el rey estuvo á punto de perecer, y solo se salvó por un género de milagro. Mas ello es cierto que en el punto de inquietud en que se hallaba su alma, aquello fué una tea que tocando en

hacinados combustibles produjo un horrible incendio.

El remordimiento mal escondido hacia algunos meses, asomó de repente en el alma del monje: parecióle ver el semblante de Dios irritado de su apostasia; tremendo como cuando maldijo á Sodoma; negado ya á toda misericordia para con él. La tarde de aquel dia la pasó en hondo afán y recelo; no miró siquiera una vez á sus caballeros que por celebrar su coronacion rompian lanzas y esponian sus cuerpos al hierro; no hubo medio de que ni en una ocasion viniera la risa á sus labios.

Acabáronse las justas y el rey se retiró á su alcázar y se encerró solo en su aposento. ¡Loca idea buscar la soledad en tal momento! Son pocos los hombres que pueden consultar sus penas con el silencio de la noche y la soledad; pocos, como pocas son en ellos las conciencias justas y los ánimos justos.

Ni uno ni otro tenia á la verdad don Ramiro.

Estaba su aposento en una torre ochavada, obra misteriosa de los moros, y desde las ventanas se descubrian muy bien la corriente del rio y la campiña; pues cada vez que algun lucero se reflejaba en las paredes de la torre, miraba el monje sin querer los letreros árabes, allí esculpidos, y pareciale ver en ellos el *mane thezel phares* de la Escritura; no recordaba entonces que aquellas estrañas letras las hubiese visto nunca. Movia el viento levemente los álamos del Isuela, y pareciale al monje que eran fantasmas que salian del lecho del rio y cami-

naban hacia las ventanas de su aposento para prenderle y conducirle á la mansion de los réprobos. Dos ó tres veces puso el oido junto al muro, por ver si era la voz de Dios lo que sentia, y no era sino el agua del rio que allí enfrente de la torre se quebraba en unas piedras.

Rendido de tanto luchar consigo mismo, levántase al fin, y casi instintivamente saca los hábitos de su orden que conservaba en su cámara, vistese los y sale del aposento y luego del alcázar.

El aire de la noche no alcanzó á templar en lo mas mínimo el ardor de su frente.

Hubo un instante en que pensó ponerse en camino para Tomeras, y arrojarse en brazos de aquel abad que habia sido su maestro; pero al ver brillar al lejos sobre la cima de un monte las luces de Mont-Aragon, recordó que el abad de aquella casa era tenido por de los mas santos de la comarca, y allá camino sin demora.

Tampoco tenemos que narrar lo que le ocurrió en el monasterio, porque todos nuestros lectores habrán ya adivinado que aquel monje benito que tan agitada conferencia tuvo con el abad Fortuño no fué otro que él.

Vuelto al alcázar entró en el aposento de su mujer y participóla cómo tenia resuelto separarse de ella.

Y hé aquí cómo por tan largo rodeo hemos venido á dar en que don Ramiro bien sabia la causa de su estraña determinacion, ya que el remedio no se le alcanzase mas que á su infortunada esposa.

Porque á la verdad, las palabras de doña Inés habian acabado de poner en desórden las ideas de don Ramiro.

Ser padre y huir del hijo; tener una corona y dársela á otro que no á él; sellar su frente al nacer con una marca de baldon; y depararle una vida oscura y pobre en lugar de otra gloriosa y feliz, son cosas que espantan al corazón mas animoso y que contrarestan las mas grandes ideas en el hombre que siente y que piensa.

Don Ramiro vino resuelto de Mont-Aragon á renunciar aquel mismo dia la corona en cualquiera de sus competidores y abandonando á la reina, volver á los piés del abad para obtener la absolucion y pasar el resto de su vida en el claustro con mayores cilicios y penitencias que nunca. Pero al oír de doña Inés que estaba embarazada, sintió vacilar su propósito, dudó, tembló, y el alba del dia en que debia ejecutar sus intentos, amaneció sin que nada hubiera resuelto todavía.

El primer rayo de luz que penetró en su estancia lució para él no menos siniestro, que luce para el reo que está en capilla aquel que le anuncia el dia postrero.

Tanto luchar le fatigaba, le rendia; y sin embargo, mas amaba la lucha que la resolucion, cualquiera que fuese, porque de las dos que miraba como posibles tanto temia á la una como á la otra.

Lucha del espíritu con el espíritu, del sentimiento divino con el sentimiento humano, del precepto sobrenatural con el natural; lucha que Dios envió á

Abraham para probar su fidelidad, y que apenas cabe dentro de un alma por grande que sea; lucha que solo comprenderán los padres y las madres que por azar recorran estas páginas y que apenas acertarán á concebir los que no lo sean.

El primer impulso, el impulso espontáneo, enérgico de la voluntad, le dice siempre al padre que se sacrifique por su hijo; pero ¿ha de sacrificarle tanto como la vida eterna? ¿Ha de sacrificarle el mandato de Dios? ¿O ha de postrarse de nuevo don Ramiro á los piés del abad de Mont-Aragon, dejando infamado y sin corona á su hijo?

